



Carlos Marx en su mesa de trabajo, según el pintor N. Zhukov.

MANUEL IZQUIERDO

DOS, tres, cuatro días en Londres. Por todo el mundo se ofrecen al turista miles de programas. Westminster, Big Ben, el Támesis, la torre de Londres. Desde las cimas del Shell Center, que muchos ven y que sólo algunos alcanzan en sus 26 pisos, se contemplan las colinas al Norte de la capital británica: Hamstead, Highgate... Y luego se sigue hacia la torre, donde es posible evocar la Historia, desde Guillermo el Conquistador hasta el período de detención en ella de Rudolph Hess en 1941. La Historia por arriba, en busca del modo de vida británico, de la alternanza, del sufragio universal y de la democracia.

La región londinense, Inglaterra toda, está sobrecargada de recuerdos históricos, de monumentos, de atracciones. Dos, tres, cuatro días son muy pocos para "enterarse" de un mínimo. Los técnicos del turismo, los editores de guías tienen muchos puntos en que centrar la atención: Windsor, Canterbury, Strafford-on-Avon, Hampton Court. ¿Para qué hablar o, en todo caso, dedicar demasiado

tiempo o espacio a una colina, a Highgate?

Seis estaciones de Metro antes del término de High Barnet está la de Highgate. Hay que evitar el desplazamiento por este medio. El viajero, turista o peregrino, que busca desde allí su objetivo ha de hacer un largo y ascendente recorrido a pie, en continua demanda de información que los habitantes de hotelitos y residencias individuales del camino le dan gustosa y placenteramente. Es mejor descender en la estación anterior, en Archway, y desde allí ganar la cima de Highgate en un autobús. O bien directamente, por este medio, desde el mismo centro de Londres.

Arriba, en la altura de la aglomeración de Highgate, en la unión de Archway Road y de la High Street, punto de cruce de varias líneas de autobuses, se ofrece a la vista Waterloo Park. La puerta del cementerio puede alcanzarse en una travesía diagonal del parque o bien rodeando éste por la calle que desciende hasta la entrada.

El visitante tiene la impresión de que se encuentra todavía en

el parque, a pesar de que haya dejado atrás ésta y que del mismo le separen ya las tapias. Tumbas, como es natural en un lugar semejante, en un espacio inclinado, abierto hacia el horizonte, con amplia vista sobre los campos y edificaciones urbanas. Visitantes individuales, turistas que llegan en grupos reducidos, en familia la mayoría, sin las conocidas integraciones en fuertes masas conducidas por guías.

Aquí está, a unas centenas de metros de la puerta, el gran busto de Carlos Marx sobre su pedestal. De él brota mudo, permanente, el consejo: "Workers of the world, unite" ("Trabajadores del mundo, uníos"). Eso es todo. Algún cineasta de mal gusto tomó hace años el monumento y el lugar para difundir escenas ridiculizadoras. En realidad, el ridiculizado era él. Abordar a Marx y al marxismo con armas de jolgorio, de sarcasmos y de jaque es manejar un bumerang. Porque se puede estar por o contra el marxismo, pero la cuestión es seria. El propio Federico Engels decía ante esa misma tumba el 17 de marzo de 1883 por el fallecido tres días antes:

"Marx ha sido el hombre más execrado y más calumniado de su tiempo. Gobiernos, tanto absolutos como republicanos, le expulsaron; burgueses conservadores y demócratas extremistas le cubrían a cual mejor de calumnias y maldiciones".

El pie del monumento está cubierto de flores. No en ramos pagados al florista. Una por una, a veces recogidas unos metros más allá. Quienes llegan y se detienen en ese lugar hablan brevemente entre ellos. Se comprenden en pocas palabras. Permanecer allí un día de buen tiempo y en época propicia de descansos significa presenciar el lento y clareado, pero seguro desfile, que representa no a países, sino a continentes.

En esta sencilla tumba, absolutamente exenta de majestades arquitectónicas, fue enterrado el hombre cuyo retrato, en gigantescas dimensiones, se fija en los edificios del poder en La Habana, en Moscú, en Pekín. En este apartado rincón de Highgate recibió las últimas paletadas de tierra quien con su vida, con su obra y con sus escritos inspira a millones y millones de manifestantes al descender a las calles en Luanda, Lisboa, Roma, Tirana y Bucarest.

No ha sido todo un camino de rosas desde marzo de 1883. Lo que Engels describió en unas

palabras sobre este pequeño terreno se agrandó, se agigantó en los decenios posteriores. Marx odiado, execrado, puesto fuera de la ley, arrancado de los libros de Historia y de las propias conversaciones. Objetivo y blanco de todos los tiros mussolinianos, de Hitler y de sus imitadores. Destacado ejemplo es la casa natal, en el número 10 de la Brückenstrasse de Tréveris. Los nazis la ocupan e instalan en ella su periódico. En la posguerra es restaurada, puesta bajo patrocinio y dedicada a museo y biblioteca. Todavía verá la antigua residencia la solemne conmemoración que le dedica el propio partido socialdemócrata alemán con desplazamiento de Willy Brandt. Era en 1968, por la celebración del 150 aniversario del nacimiento de Marx. Esto no borraba que en Bad Godesberg y en 1959 todo un congreso de ese mismo partido había renunciado a inspirarse en las ideas de quien nueve años más tarde era homenajeado.

Continúa el permante deshoje de la margarita. "Por Marx, contra Marx". A veces, el odio, la violencia, la inquina llega hasta este mismo rincón de Highgate. Así, el Primero de Mayo último en que el busto conmemorativo fue ensuciado con chafarrinones de pintura. Y no hay solamente tales debeladores subrepticios y anónimos. Bien pocas semanas hace también que el señor ministro de Renania del Norte-Westfalia ha denegado el permiso para la actuación legal, en Wuppertal, gran ciudad industrial de 415.000 habitantes, de una Fundación Marx-Engels. Según el ministro, los objetivos que la Institución se fijaría, difundir, desarrollar la investigación sobre la obra de aquéllos, entraña "un peligro constitucional en la RFA".

En general, el visitante de Highgate ha estado anteriormente en el centro de Londres. Catedrales, palacios, fortalezas, todo lo ha hablado ya de la Historia inglesa por arriba. Ahora, después de visitar la tumba de Carlos Marx, descansa en el parque contiguo. A su alrededor corretean los niños. Las propias reflexiones le retrotraen varios siglos, como en un film, tras las páginas leídas en otro tiempo en "El Capital". Hacia lo que ya Adam Smith en su "Riqueza de las naciones" designaba como la acumulación primitiva. Regreso descendente desde la conquista normanda hasta el siglo XV. Los períodos de expropiaciones campesinas

N EL HIGHGATE DE MARX

en los cuales los hechos son acompañados por leyes contra los expropiados, bien opuestas al concepto de ternura. El Commonwealth o Gobierno republicano de Cromwell, el bipartidismo "whig" y "tory", los umbrales de la agitación cartista. La Historia inglesa desde abajo. Que por una u otras razones le fue dado estudiar a fondo y en sus propias fuentes al doctor alemán que brilló con su tesis sobre Demócrito. Bien podía escribir Marx en las páginas de referencia que la "evolución" a

que todo aquel movimiento socioeconómico había dado lugar estaba cumplido de una manera radical en la Gran Bretaña. Y que los países de Europa Occidental recorrían el mismo camino. Marx no defendía modelos. Simplemente constataba la marcha de las cosas.

Si quien llega a Highgate es español y al regreso de su visita al cementerio se detiene ante la librería, en lo alto, cerca del cruce de carreteras, puede ser embargado instintivamente por el deseo de encontrar algo sobre

Marx y el marxismo. En la tienda, abarrotada de volúmenes de nuevo y de ocasión, en estanterías, escaparates y tenderetes, se afana una nutrida clientela. ¿Hay algo sobre el marxismo de los primeros tiempos en España, sobre Pablo Iglesias?

Porque Pablo Iglesias pertenece a la pléyade de marxistas que, como Guesde, como Plejanof, como Bebel y tantos otros recogieron en sus respectivos países, durante las últimas décadas del siglo XIX, la herencia

teórica legada por la Asociación Internacional de Trabajadores y por sus dos destacados dirigentes: Carlos Marx y Federico Engels.

El día 13 de marzo de 1870, Pablo Iglesias ingresaba en la Federación madrileña de la Primera Internacional. Al adherirse a la organización mundial se colocaba, a la edad de veinte años, frente a los socialistas utópicos que presentaban como paliativo a los males sufridos por los obreros, las reformas y la colaboración de éstos con las clases dominantes.

En una situación de crecimiento numérico proletario y de explotación acentuada, los obreros se alejaban con rapidez de las utopías con las cuales se les habían regalado los oídos durante algunos años. El fourierismo, propagado en Andalucía por Joaquín Abreu a partir de 1841; las teorías de Cabet, que comenzó a defender Monterreal desde 1847 y en Barcelona en las columnas de "La Fraternidad"; las especulaciones de Proudhon, cuyas obras se tradujeron también en Cataluña por Pi y Margall y Ramón de la Zagra en 1850, dejaban paso a las nuevas corrientes que la Primera Internacional llevaba a los países europeos.

Con la llegada a España del italiano Fanelli, amigo de Bakunin, arraigaba entre los proletarios españoles la idea de adherirse a la Internacional. Pero Fanelli, a la par que internacionalista, era también miembro de la Alianza de la Democracia Socialista —fracción bakuninista de la Asociación Internacional de Trabajadores—, lo que originó que la sección española de ésta fuera influenciada por los partidarios de Bakunin. Los documentos del Consejo General, en la cual predominaban Marx y Engels con sus amigos, no se conocían apenas en España. El anarquismo alcanzó el predominio en la Federación regional española.

Pablo Iglesias pasó a ocupar puestos en la Federación local madrileña, en el Consejo Federal y en la redacción de "La Emancipación". Y en 1871, después de la derrota de la Comuna de París, llegó a Madrid Pablo Lafargue, que ingresó en la Federación local y ofreció su concurso a los redactores de "La Emancipación". Lafargue hizo luz en muchas cuestiones teóricas, con lo cual logró que algunos internacionalistas reaccionasen en favor del Consejo General de Londres. Expulsados Lafargue y los marxistas —entre ellos Pablo Iglesias—, ha-

Bajo la ciclópica cabeza, esculpida en el granito, sus palabras: "Workers of de World, unite" (Trabajadores del mundo, uníos). Al pie del monumento jamás faltan las flores.



YA ESTA A LA VENTA

TIEMPO de HISTORIA

AÑO IV
NUM. 46
100 PÉSETAS



Director: EDUARDO HARO TECGLÉN

En su número 46, TIEMPO DE HISTORIA incluye estos temas:

- LA QUINTA COLUMNA, ESPIAS DE FRANCO, por Tania Juanes.
- LA ULTIMA ENTREVISTA CON GASTON LEVAL, por Antonio Albiñana y Mercedes Arancibia.
- UN PROCESO ANTE LA HISTORIA: LOS MUERTOS DEL "PARTE INGRES" EN ALMERIA, por José Miguel Naveros.
- LA MUJER EN EL REINADO DE ALFONSO XIII: UNA APROXIMACION AL PRIMER MOVIMIENTO FEMINISTA ESPAÑOL, por Mercedes G. Basauri.
- FERNANDINOS Y LIBERALES: EL GOLPE DE ESTADO DE ARANJUEZ, por Héctor Anabitarte y Ricardo Lorenzo.
- ANIBAL OTERO, FILOLOGO Y CAMPESINO, por Alfonso Magariños.
- 30 DE SEPTIEMBRE DE 1938: EL PACTO DE MUNICH, por José María Solé Mariño.
- LIBERAR A REICH DE LAS MAZMORRAS DE MODJU, UNA EXIGENCIA INAPLAZABLE, por José Miguel Fernández Urbina.
- 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973: EL GOLPE FASCISTA EN CHILE, por Ramiro Aldao.
- ALFONSINA STORNI: CUARENTA AÑOS DESPUES DE UN SUICIDIO, por Mercedes García Basauri.
- ESPAÑA 1948: Selección de textos y gráficos por Fernando Lara y Diego Galán.
- MEMORIAS DEL CINE ESPAÑOL: UN RETRATO, por Eduardo Haro Ibars.
- EL CONDE DE LAUTREAMONT: UN ENIGMA HISTORICO-LITERARIO, por Eduardo Haro Ibars.
- LIBROS: "L'aviació de Catalunya els primers mesos de la guerra civil", "La Iglesia en la Galicia contemporánea", "La revolución del arte en el siglo XX", "Del poder y sus mecanismos".

EN EL NUMERO DE SEPTIEMBRE DE

TIEMPO de HISTORIA

REFLEXIONES...

ció la Nueva Federación Regional, netamente inspirada por la ideología marxista. Entonces comenzó la publicación del "Manifiesto Comunista" y de algunos textos de "El Capital".

La represión que siguió al golpe de Estado dado por Pavia puso fin a la organización. Pero el marxismo había arraigado en España. La clase obrera seguía creciendo. Faltaba escoger el momento oportuno para dotarla de la vanguardia. Pablo Iglesias, en unión de Mesa, de Quejido, de Mora, continuó sus esfuerzos para dar cima al propósito. El 2 de mayo de 1879 se creaba el grupo madrileño; en abril siguiente se votó el programa y en 1881, por acuerdo de los marxistas de Madrid, Barcelona y Guadalajara, se creaba una organización nacional y se nombraba un comité central en el cual se encontraban Pablo Iglesias como secretario y García Quejido como contador.

Noventa y nueve años después de la fundación del núcleo madrileño, a los noventa años del primer congreso nacional del Partido Socialista, se produce el primer seísmo que registra la historia del marxismo español: en la cumbre de una de sus ramas se aboga públicamente por el abandono de la base ideológica tradicional, originaria y permanente de la propia formación.

A lo largo de un siglo de situaciones diversas, de luchas peliagudas, de éxitos clamorosos, de reveses penosos y trágicos, nunca hubo una voz que, reclamándose de una corriente marxista española —una, hasta 1920-21, diversificada a partir de entonces—, se atreviera a dar un paso semejante. En nombre del socialismo hay que entender, pues no se trata de quienes

—y existieron a lo largo de tantos decenios— cambiaron de trinchera.

Jaime Vera tuvo divergencias de táctica con la mayoría. Que no afectaron al fondo ideológico como demostró el discurso por él pronunciado en el Retiro de Madrid durante la manifestación del Primero de Mayo de 1891. Al correr de los años, ni las lógicas reflexiones docentes ni las interpretaciones del sentido humanista del socialismo, por ejemplo, llegaron a poner el marxismo en tela de juicio. No hubo ni una corriente, fracción o grupo que, en el interior o en el exilio, tratara de arriar la bandera marxista bajo la que se había acogido hasta el momento. Las más diversas opciones, estratégicas y tácticas, se han defendido, razonando y practicando durante cuarenta años siempre a partir, expresa o tácitamente, del marxismo.

Que las experiencias de los demás sean importantes no borra que las vicisitudes de este lado de Europa sean igualmente muy valiosas. En todo caso, el problema suscitado ha desbordado inmediatamente los límites precisos de una formación. No sólo porque en nuestro tiempo sean varias, bastantes, las corrientes que se reclaman de la ideología básica en cuestión. El asunto es de una mayor amplitud. Las grandes corrientes del pensamiento en el movimiento obrero del país han sido dos: la libertaria y la marxista. Aquellos que, sin reclamarse de este último postulado han sido, son o pueden ser amigos, aliados, simpatizantes de sus defensores abiertos, también se sienten afectados. La prueba mejor está en el número de comentarios, artículos en periódicos y revistas, en los libros y opúsculos que salen en ritmo creciente sobre el tema.

"Por Marx, contra Marx". Más que la evocación de la margarita, el dilema podría equipararse con el de Hamlet. Por su trascendencia antes que por la similitud de ser en ambos casos el producto de reflexiones surgidas ante una tumba. ■ M. I.



Pablo Iglesias pertenece a la pléyade de marxistas que recogieron en sus respectivos países la herencia del fundador.